DÍA DÉCIMONONO

CONSIDERACIONES SOBRE LOS TÍTULOS DE MARÍA PARA NUESTRO CULTO

María es muestra madre, y debemos amarla.

PUNTO I°. — « Una niña, criada en el regazo de su madre cristiana, aprendía de ésta á formar por primera vez la señal de la cruz sobre su cuerpo. Al concluír la invocación de las tres personas divinas: En nombre del Padre, del hijo y del Espíritu Santo, volvióse á su madre, y dijo: Mamá, ¡y no hay madre! Siendo Dios nuestro padre, necesitábamos una madre; la paternidad requiere la maternidad. Habiéndonos llamado Dios á su familia, tenía que darnos una madre en el cielo, de modo que después de decir: Padre nuestro que estás en los cielos, podamos decir también: Madre nuestra que estás en los cielos. Era una cosa necesaria, y justa al propio tiempo. Todos necesitamos la maternidad, y cuando nos falta nuestra madre, la ausencia de la maternidad terrenal deja en nuestro corazón un vacío que nada puede colmar en la tierra. Cualesquiera que sean los diversos hálitos de este mundo que pasan por nuestro corazón, muy bien sentimos que ninguno se parece al hálito celestial y perfumado que se desprendía de los labios de nuestra madre. Y por eso Dios quiso que tuviéramos no sólo una madre en la tierra, sino también una en el cielo. El mismo Nuestro Señor proclamó esa maternidad humana de la Virgen María[1] »; y al meditar las circunstancias en que se hizo tan bendita proclamación, no podréis menos de enterneceros hondamente.

1° ¿Quién es el que nos dió á María por madre?

Es Jesucristo, el Hijo de Dios, igual en todo á su Padre; por consiguiente el dueño de todas las criaturas, aquel de quien emana toda paternidad, aquel que dispone á su gusto de todos los seres, porque todos son obra de sus manos y propiedad suya. Luego María era suya, le pertenece como criatura suya; pues él os la da por madre, y os la da en los términos más precisos y terminantes: ¡*Esa es vuestra madre!* La palabra de Dios no es estéril cual la del hombre, ella obra por sí misma y el efecto sigue necesaria y súbitamente después de anunciada. Así pues, en la cuna del mundo, Dios habla á la nada. *Hágase la luz*[2], y la luz brotó. En el túmulo de Lázaro, Jesucristo dice: *Lázaro, sal del sepulcro*, y Lázaro resucita. En el Cenáculo, dice tomando el pan: *Esto es mi cuerpo*, y el pan se transforma en su cuerpo. En la cruz, nos dice á todos, hablando á su discípulo: *Esa*

1. P. Félix.
2. Gén., I. 4.

es vuestra madre; luego, por el mero hecho de esa donación divina, María es madre nuestra. Y tan bien lo comprendió san Juan, que desde aquel instante ya no quiso separarse de María, y se la lleva á su vivienda. *Et accepit eam in sua*[1].

2° La solemnidad del momento en que se nos dió á María hace que la donación sea más sagrada. Trasladaos con el pensamiento al Calvario, y contemplad la augusta víctima en el altar de la cruz:

Está consumándose el sacrificio, pero antes de morir, Jesús dicta su postrer voluntad, su testamento. Allí está el único entre los apóstoles, el discípulo amado, para recibir, en nombre de todos los cristianos, la última dádiva que á todos quiere hacer el divino Maestro. A él pues se dirige Jesucristo: *Discípulo, esa es tu madre. Ecce mater tua.* Y desde ese momento, María es nuestra madre, pero esa maternidad ¡ cuán dolorosa fué para ella! Para darnos á ella, Jesús parece desconocerla, y substituirnos á él; y no dice: Madre. Se diría que teme, si pronunciara esa palabra, atizar todavía el fuego que la consume, y dió una palabra menos dulce: « Mujer, ese es tu hijo, » tratándola como á una extraña. ¡ Qué dolor para el corazón de María si una mirada de Jesús no atenuara lo amargo de esa palabra! Si Jesús se expuso así á parecer cruel, es por su inmenso

1. Joan., VI, 43.

amor por nosotros. Es como si hubiera dicho: Mujer, olvida, si puedes, que eres mi madre, para llevar todo mi amor sobre aquellos que yo te confío. Yo me vuelo al lado de mi Padre, y en su reino, tu solicitud por mí sería superflua; pero, para esos, el viaje es penoso, y todavía largo el camino, sembrado de no pocas espinas y asechanzas. Ámalos, cual á mí me amaste; mira por ellos cual miraste por mí. *Mulier ecce filius tuus*[1].

El amor que ya María abrigaba por nosotros le hizo aceptar sin amargura; ¡cuánto debió sufrir su corazón! ¡ San Juan en lugar de Jesús! ¡un hombre mortal en lugar de un Hombre Dios! ¡oh triste y cruel cambio! Cruel para María, mas para nosotros, cambio una y mil veces venturoso.

Punto II°. — María es nuestra madre, y debemos amarla. El amor por una madre no se prueba, ni se discute, habiéndolo esculpido la naturaleza misma en el pecho de un hijo. Para una madre, su título de madre es la razón suprema del amor de que es objeto. Así es del amor que el verdadero cristiano siente por María; lo sacó de la misma fuente de donde sacó la vida cristiana, y si le preguntáis por qué ama á María, no dará más que esta contestación: Es mi madre, ¿cómo no la amara?

Pero si necesitáis excitar en vuestro pecho el

1. *La Femme comme il la faut.*

amor por vuestra divina madre, acordaos de que María posee los tres grandes títulos que determinan todas las afecciones entre los hombres: la belleza, los beneficios y el amor. 1° La belleza. María es la más bella de las criaturas, por ser la más perfecta, y la más pura. De ella, y nada más que de ella pudo decir Dios: *Eres bella, amada mía, eres bella, y ni una mancha hay en ti*[1]. Á ella saludan los ángeles exclamando llenos de admiración: *¿Quién es esa que se eleva del desierto? Es bella como la luna, resplandeciente como el sol*[2].

2° María tiene en su mano los beneficios. Nos dice san Bernardo que Dios quiere que todos los bienes nos vengan por mediación de María. — Milagros de protección, gracias de perfección, gracias de conversión y vocación; gracias de salvación y predestinación, todo nos viene por ella. ¿Queréis pruebas de ello? Entrad en los santuarios de Bon-Secours, de Nuestra-Señora de Liesse, de la Garde, de Fourvière... donde notaréis suspendidos de los muros del edificio sagrado, sinnúmero de exvotos, testigos silenciosos de su milagrosa asistencia; preguntad á esos monumentos del agradecimiento de los pueblos, que ella salvó de un azote destructor; el cielo, la tierra, las olas del mar, todo habla de su bondad y beneficios. — ¿Y no había

1. Cant., 6.
2. Cant., 6.

acaso en vuestra vida alguna circunstancia que también de ellos hable á vuestro corazón?

3° El amor de María por nosotros es su tercer título á nuestro amor. No hay cosa más grande en el corazón de una madre que su amor á su hijo. Su hijo es su tesoro, su júbilo, su vida, su felicidad, su felicidad sobre todo. Decir que María es vuestra madre, es decir que os ama; ¿cómo podríais dudarlo? Por vosotros, dice un santo doctor[1], ella dió su Hijo único, rivalizando de amor en cierto modo con Dios el Padre, el cual amó al mundo hasta dar su único Hijo para redimirlo[2]. En el cielo, sigue con amaros, pues mira y ruega por vosotros. Amad pues á vuestra madre del cielo, porque amar á María, es amar á Dios.

« Difícil cosa es que el hombre ame á Dios, siendo Dios demasiado grande, demasiado elevado, y demasiado espiritual para que pueda siempre arrebatar directamente nuestro corazón. Generalmente para amar mucho, es preciso que el corazón vea algo humano; y es tanta verdad, que Dios quiso un día hacerse hombre, y ofrecerse á nuestro amor en la persona de Jesucristo su Hijo. Y todavía es demasiado grande Jesucristo — sin duda el hombre aparece en él, pero la divinidad le eclipsa; y forzosamente un germen de terror se mezcla con nuestro

1. S. Buenaventura.
2. Joan., III, 16.

amor en presencia de nuestro Salvador bendito. Como Dios quiere absolutamente las primicias de nuestro corazón, le ha propuesto un amor menos solemne, el amor de la Virgen santísima. Luego si no amamos á Dios, amemos á Jesucristo, si no á Jesucristo, amemos á María, y por ella subirá nuestro amor gradualmente de Jesús al Padre. » (R. P. Delfour *Rosier de Marie* 10e année, p. 216.)

Adorable Jesús, yo acepto agradecido la dádiva que me hiciste con dejarme á María por madre... Gracias, amable Salvador, mil gracias por tanta fineza; después del sacrificio de la cruz, no podías darme mayor prenda de tu amor, Y tú, ¡oh María! madre buena, péguese mi lengua al paladar, séquese mi mano derecha, si olvido jamás á costa de cuantos dolores viniste á ser madre mía, y si falto al amor que te debo.

EJERCICIO

Sabemos lo que en nuestro corazón puede disgustar á la Santísima Virgen; esmerémonos pues en apartar de él todo cuanto pueda contristar á nuestra madre.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Una vocación probada. — Juan Francisco L. *** nacido en 1811 en la diócesis de Coutances, en una familia de honrados artesanos, se sintió llamado al

estado eclesiástico. Sus piadosos padres se impusieron grandes sacrificios por darle una educación adecuada con el estado santo que quería abrazar. Por desgracia, se vieron obligados á interrumpir los estudios de su hijo, y tuvo Juan Francisco que abandonar la senda que debía llevarle al sacerdocio.... No obstante no desesperó el piadoso joven, y siguió abrigando en su pecho, con la práctica de todas las virtudes, el germen de su vocación, dejando á la Providencia el cuidado de promover circunstancias favorables á su piadoso propósito. No le engañó su esperanza, y el Señor, para consagrarlo al servicio del altar, se valió de un medio que al parecer debiera apartarle por siempre del estado eclesiástico. En 1832, Juan Francisco entra en quintas, y cae soldado ; y ya le tenemos en el regimiento..... Seguir con los buenos principios en un cuartel, y más en aquel momento, era cosa ardua, pero nada es imposible para quien quiere francamente seguir buen cristiano, y no faltan en el ejército soldados sin miedo y sin reproche, que cumplen con sus deberes religiosos sin ostentación, como sin respeto humano, y entre ellos Juan Francisco. La amenidad de su índole, su exactitud en el servicio y su buen porte le granjearon el afecto de sus compañeros, y la estimación de sus jefes, y los galones de cabo fueron luego la recompensa del joven militar. Como su regimiento estaba de guarnición en Lyón, el nuevo cabo eligió para ejercer su devoción la capilla venerada de Na Sa de Fourvière, y cuando el servicio no se lo estorbaba, era su dicha ir á visitar el célebre santuario de María, y pasar en él, orando y meditando, el tiempo que tantos otros soldados emplean tan mal. Tan asiduas y frecuentes visitas, así como la modestia y fervor de Juan Francisco, llamaron la atención de un piadoso y rico lionés, que visitaba también con frecuencia á Na Sa de Fourvière. Ese excelente

cristiano se sintió atraído hacia el soldado, y un día, al salir este último del venerado santuario, el lionés se le aproxima, y le dirige algunas palabras benévolas. « Por cierto, señor cabo, le dice, no se diría que nacisteis para soldado. — Y tiene V. razón, caballero, contesta sencillamente Juan Francisco, y si yo hubiera podido seguir mi vocación, en vez de este uniforme, llevaría la sotana ; en vez de dormir en el cuartel, dormiría en el seminario. — ¿ Y abandonaríais de buena gana la carrera militar por seguir vuestra vocación primera ? — Sí por cierto ; mas por ahora es imposible : en primer lugar, estoy aún lejos de concluir el servicio, y luego ¿ cómo concluir mis estudios ? pues el motivo por que los tuve que interrumpir siguen subsistiendo. » El buen lionés estrechó afectuosamente la mano del soldado, y le dijo : « Pues amigo; ánimo, ahí tenéis mis señas, y venid á verme , quizá, mediante Dios y María, pueda yo hacer algo en vuestro favor. »

Tuvo palabra el generoso cristiano, y habiendo recibido de los jefes de Juan Francisco los informes más halagüeños, le proporcionó un hombre de reemplazo, y le hizo entrar en el seminario. Unos años más tarde, el piadoso joven recibió las órdenes sagradas, y se consagró á las misiones de ultramar, donde nosotros le conocimos, le amamos y veneramos.

Muerte edificante de un joven oficial. — El P. de Damas, capellán del ejército de Oriente, cuenta en estos términos la muerte de un oficial de Crimea. — Era hijo único, y había salido hacía un año de la escuela, oficial joven y distinguido, lleno de salud y porvenir. Desembarcó en el mes de diciembre en las costas de Crimea para participar en los gloriosos trabajos de la campaña. Un día nos lo trajeron á la ambulancia, contaminado

de una fiebre que le consumía. El médico en jefe estaba inquieto sobre el éxito de la enfermedad, y sobre la posibilidad de atender al enfermo. Mandar el joven á C. P. era exponerlo á que muriese en la travesía, y, guardarlo en la tienda no era mejor. Escogió un medio término. Acababa yo de construír á orillas del mar una capillita de madera ; el médico me pidió para su enfermo hospedaje en la casa de Dios, y aderezamos en seguida, al pie del altar donde celebro todos los días, una alcobita con esteras de junco y mantas de lana. Colocamos al oficial en una cama de campo, y me puse á su servício, prometiendo cuidarle yo mismo, y estar noche y día á su lado.

El primer día pareció algo avergonzado de semejante posición, y era efecto de su delicadeza ; pero al día siguiente, estando yo de rodillas á su cabecera, rezando hasta que él me pidiera algo, se alzó sobre la almohada, y enlazándome con el brazo, me dijo : ¡ « Oh ! ¿ quiere V. ser mi padre ? Esta es la primera vez que estoy enfermo, y solo, lejos de mi familia siento que necesito alguien en quien tenga confianza, y que me trate cual lo hicieran mis padres. » Abracé al pobre muchacho, y otra vez le prometí que no le abandonaría.

Desde ese momento, ya no quiso ni aún aceptar el cuidado de un militar que estaba á mi servicio, y si yo me ausentaba por algunos instantes, cansada su cabeza así como de un delirio, se exaltaba hasta el punto que más de una vez fué preciso venir á buscarme para aplacarle.

Una tarde vino el cólera á complicar el estado ya tan grave del pobre paciente. Todavía no le había hablado de la preparación á la muerte, y exigiendo su mal gran calma y silencio, ni aún había yo entablado con él la cuestión religiosa ; pero ya había visto en su pecho el escapulario de la Virgen. En este momento, había ya urgencia ; abrazo al joven,

y le pregunto si quiere alcanzar de Dios el perdón de sus culpas. Si por cierto, contesta, yo quisiera, pero la penitencia es tan gran sacramento, que no estoy preparado para recibirlo. Entonces le dispuse yo mismo á esa grande acción, é hice que recitara las oraciones que más fueran de su agrado, y en particular el *Memorare*. « ¿ Os arrepentís de haber ofendido á Dios ? le dije. — Yo le aseguro á V., contestó, que jamás lo hice sino por debilidad y por los malos consejos, y que siempre me lo afeé vivamente. » Le dí la absolución, remitiendo la Extrema Unción para el día siguiente.

En aquella noche, rezamos juntos, y pude leer muy buenas cosas en el corazón del joven que casi había yo adoptado. Hicieron los médicos portentosos esfuerzos para arrancar esa presa á la muerte, y por espacio de dos días tuvieron alguna esperanza, pero finalmente, pudo más la muerte que la ciencia. En esos dos días supremos, el valeroso joven había mirado la muerte impávido ; y ni un momento de flaqueza pude observar en él. Al hacerle yo esta pregunta catégorica : ¿ Queréis vivir ó morir según la voluntad de Dios ? ¿ Estáis dispuesto á todo ? — Absolutamente, contestó con energía, absolutamente. Cuando ya no pudo hablar, todavía tenía su entero conocimiento, y le recité en alta voz algunas oraciones. Juntó él las manos, y procuró volver la cabeza hacia mí. Por fin, cuando ya sus ojos se volvieron vidriosos é insensibles á la luz, tomé las manos del moribundo, é inclinándome sobre la almohada, le dije al oído : « Voy á daros la última absolución : ¿ estáis conformado á morir ? » Y apretóme las manos con las suyas, y se esforzaron sus labios en pronunciar una palabra pero no pudieron articularla ; díle la absolución, y murió. (*Univers* 21 de marzo 1855).

Aquí tenéis un rasgo de los más conmovedores de la protección de María, el cual nos muestra la ternura del corazón de nuestra Madre. — Una mujer de Méjico, cuyo marido estaba ausente desde algunos años, se hallaba sumida en los más duros y dolorosos trabajos, pues la habían abandonado todos sus parientes. Desenfrenado contra ella el infierno, parecía querer aprovechar su abandono para tender lazos á su virtud. Por la noche, huía de sus ojos el sueño, y el insomnio no hacía más que acrecer sus penas, y decrecer su energía ; se levantaba en medio de las tinieblas, con la esperanza de aliviar su desasosiego con la vista del cielo, de donde aguardaba un socorro que la tierra se obstinaba en negarle. Un día que había oído predicar sobre la ternura de María para con sus hijos, se hincó de rodillas ante una imagen de la Virgen Santísima, y deshaciéndose en lágrimas, exclamó. Virgen santa, tú socorres á los que imploran tu auxilio ; acabo de oírlo decir, y creo firmemente que tienes por tus hijos más ternura que por los suyos puede tener madre alguna. Pues bien, yo estoy segura de que si la madre que me dió el ser, me viera en este estado, no me dejaría sin consuelo en tan espantable miseria ; luego tengo derecho á esperar de tu maternal corazón asistencia en esta mi desolación. Si tu me abandonas, ¿ qué será de mí ? Si tú desechas mis plegarias, ¿ á quién me dirigiré ? ¡ Ah ! buena María, acúerdate que tú eres mi madre, y que yo soy tu hija. — En el mismo momento, una luz suave iluminó su cuarto ; le llama una voz, al propio tiempo se siente aliviada. Hija mía, dícele María, yo no te abandonaré nunca. Y el rayo de luz desapareció, no sin dejar tanta alegría en el alma de la pobre mujer, que jamás cesó de repetir, que después de lo que acababa de oír, ya no tenía nada más que desear en la tierra.